

Eusebio Leal Spengler: “De nada valdría que recuperásemos las plazas antiguas si no se trabaja con el mismo énfasis a favor de la gente”

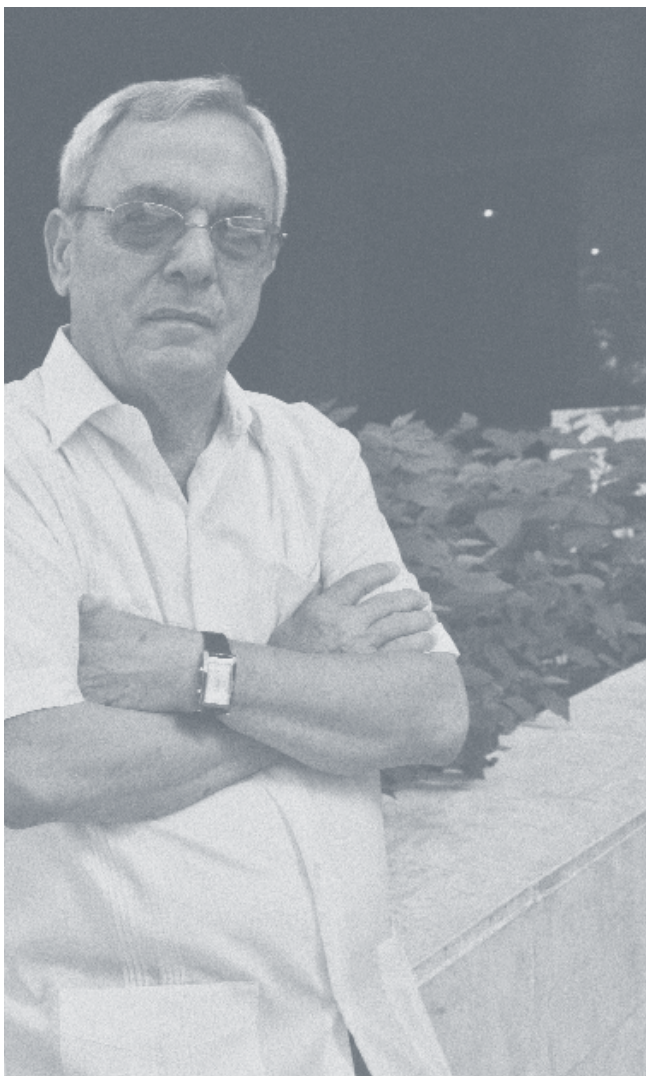
El pasado mes de julio Eusebio Leal Spengler recibía un homenaje en Sevilla por su labor en la restauración y rehabilitación del casco histórico de La Habana. Fue durante el acto de entrega de los premios anuales del Centro Internacional para la Conservación del Patrimonio (CICOP), que celebraba esos días en esta ciudad el IX Congreso Internacional de Rehabilitación del Patrimonio Arquitectónico y Edificación. Eusebio Leal Spengler es historiador y máximo responsable del Plan Maestro para la Revitalización Integral del Centro Histórico de La Habana Vieja, que la UNESCO incluía en 1982 en la lista del Patrimonio Mundial. En la conferencia inaugural del citado congreso Eusebio Leal Spengler disertó sobre el proyecto de desarrollo urbano que se ejecuta en la capital cubana.

PH: La Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana (OHCH), entidad que usted dirige desde 1967, ha liderado el proceso de rehabilitación del centro histórico de la ciudad, basado desde el año 1993 en un modelo de gestión nuevo integral y autofinanciado que responde a expectativas de desarrollo humano. ¿Podría describirnos en qué consiste este modelo?

Eusebio Leal Spengler: Antes de hablar del modelo puesto en marcha en 1993 me gustaría referirme brevemente a algunos antecedentes. El primer plan de restauración del Centro Histórico de La Habana data de 1981, cuando la Oficina del Historiador era una dependencia del gobierno de la ciudad y se le encomendó –a partir de un presupuesto asignado por el Estado- la tarea de recuperar un grupo de edificios de alto valor patrimonial, para ser destinados, en su mayoría, para museos y otros fines culturales. La Oficina había conducido desde 1967 la restauración del antiguo Palacio de los Capitanes Generales, el más importante edificio público de La Habana colonial, una tarea que

duró más de 10 años y que concluyó con la apertura de ese lugar simbólico que es el Museo de la Ciudad.

Pero aquel presupuesto era ciertamente limitado, así que durante toda la década de los ochenta se intervinieron apenas unos sesenta edificios, aunque ese momento marcó sin dudas un parteaguas, porque significó el despertar en la conciencia de los habaneros en relación con su patrimonio. Cuando se concluyeron los trabajos en el entorno de la Plaza de Armas, y un primer tramo de la calle Obispo, las autoridades y la ciudadanía descubrieron realmente ese patrimonio que estaba oculto, y la importancia de rescatar ese patrimonio. Pero ese proceso se paralizó de manera abrupta hacia 1990, como resultado de la severa crisis económica que sobrevino tras la desaparición de la Unión Soviética. Pero como suele suceder, son las grandes crisis las que generan las grandes ideas. Aquí teníamos un trabajo desarrollado por casi diez años, y sobre todo, una conciencia sobre el valor de la ciudad histórica, fortalecida tras la inclusión del Centro Histórico y su sistema de fortificaciones en la Lista del Patrimonio



➤ Eusebio Leal Spengler / FOTO: JUAN CARLOS CAZALLA, IAPH

Mundial. Era una designación que nos honraba, por supuesto, pero era sobre todo un compromiso.

El Centro Histórico abarca una superficie de 214 hectáreas, con unos 3 500 inmuebles, que albergan 22 mil viviendas y una población de unos 66 mil habitantes, además de tres mil establecimientos comerciales, de servicios, industriales, oficinas. Como ves se trata de un sitio muy vital, con una densidad de uso y habitacional elevada. Un territorio donde una parte importante de los edificios se considera de valor patrimonial, de los que más de 500 son de alto o muy alto valor. Una tercera parte de todo ese fondo se encontraba en mal estado, a veces en crítico estado de conservación, especialmente en los edificios de vivienda.

Hacia 1993, se tomaron en el país un grupo de medidas para enfrentar la crisis, una reorganización de la estructura económica, que incluía la apertura al turismo y a la inversión extranjera, por ejemplo. En el Centro Histórico se tomó una decisión muy importante, se dictó un Decreto-Ley que otorgó facultades especiales a la Oficina del Historiador –subordinada desde entonces al Consejo de Estado– para adquirir patrimonio, planificar, decidir sobre usos, invertir e incluso gestionar instalaciones comerciales y de servicio, a partir de un criterio de integralidad y de sostenibilidad financiera. Tuvimos un préstamo inicial de la banca nacional, y de ahí salieron los recursos que luego se multiplicaron, gracias a una red de pequeños hoteles (que ya suman 18) y más de un centenar de tiendas, cafeterías, restaurantes. Los ingresos brutos anuales pasaron de 5 millones de dólares en 1995 a más de 100 millones en la actualidad, de los que una cuarta parte son utilidades, y que son las que nos permiten ejecutar un plan de inversión que va en aumento año tras año.

A esto deben añadirse los ingresos provenientes de un impuesto que se aplica a las empresas comerciales o de servicios radicadas en el territorio, las que están obligadas a pagar un porcentaje de sus utilidades como “contribución a la restauración”. De igual forma, crece la colaboración internacional, orientada básicamente a la ejecución de proyectos sociales, y que reviste una enorme importancia para nosotros, no tanto por el monto financiero, sino por su contenido humano y su carácter innovador y de excelencia.

Gracias a este modelo de gestión, descentralizado, integral, auto-sostenible, se han recuperado más de 350 edificios desde 1993 hasta hoy. Casi seis veces más que lo que se logró en la década de los ochenta. Un elemento a destacar, es que si bien debimos dedicar en los años iniciales una parte considerable de las utilidades generadas a desarrollar y consolidar una red de establecimientos comerciales y de servicios, en los últimos años hemos podido reorientar gran parte de esos recursos a obras de carácter social y cultural, léase construcción y rehabilitación de cientos de nuevas viviendas, así como medio centenar de instalaciones culturales (museos, salas de concierto, galerías de arte, bibliotecas), centros educativos, de salud, instalaciones deportivas, infraestructura. A eso nos referimos cuando hablamos de un plan de desarrollo integral. De nada valdría que recuperásemos las plazas antiguas, los edificios o los monumentos, si no se trabaja con el mismo énfasis en favor de la gente que habita y usa este patrimonio.

PH: En la rehabilitación patrimonial de la ciudad antigua de La Habana se ha incluido expresamente una estrategia de recuperación de los espacios públicos. ¿Qué significado tienen para usted los espacios públicos en las ciudades, en sus

centros históricos, en relación con sus habitantes? ¿Cómo influye esta consideración en los planes de conservación y recuperación patrimonial de la ciudad?

ELS: El espacio público es el alma de la ciudad. Como elemento estructurador del tejido urbano, pero sobre todo, como lugar de encuentro social, de identidad. Esto cobra un sentido muy especial en La Habana, no sé si por el clima, por la idiosincrasia, o por ambas, aquí la gente pasa mucho tiempo en la calle, tanto que en ocasiones cuesta distinguir dónde empieza el espacio público y dónde el privado.

Yo creo que una de las diferencias más importantes entre la forma en que llevábamos el proceso de rehabilitación en los ochenta y lo que hacemos hoy tiene que ver mucho con este aspecto. Antes cuando decidíamos intervenir un edificio lo hacíamos en función de sus valores históricos y arquitectónicos propios, sin otra consideración. Desde 1993 hemos puesto en marcha una estrategia donde lo importante no es tanto el edificio como el urbanismo. En lugar de recuperar edificios aislados ahora nos enfocamos sobre los principales espacios públicos, las plazas, las plazuelas, y luego en los ejes que conectan esos espacios, de modo que se pueda ir tejiendo una red bien estructurada, es algo que optimiza recursos y genera, sin dudas, un mayor impacto social.

Eso fue lo que hicimos desde el inicio en la Plaza de Armas, y luego en la de la Catedral. La Plaza de San Francisco constituía uno de los accesos vehiculares más importantes del Centro Histórico, con un estacionamiento en su centro. Lo primero que hicimos fue cerrarlo al tráfico, rediseñar aquel espacio, mejorar las redes técnicas e incorporar mobiliario adecuado. La intervención en los edificios vino después.

En la Plaza Vieja se tomó también la decisión de priorizar el espacio central, donde había un estacionamiento soterrado y un parque elevado que atentaba contra la imagen de un conjunto tan valioso. Hoy, prácticamente los veinte edificios que conforman el entorno de la plaza están recuperados, incluido uno que hemos iniciado recientemente en la calle San Ignacio, gracias al apoyo inestimable que hemos recibido de parte de la Junta de Andalucía.

De las cinco plazas de la antigua ciudad intramuros queda únicamente por intervenir la Plaza del Cristo, donde el criterio es el mismo: recuperar inicialmente el espacio público, para luego ir poco a poco, y en la medida de nuestras capacidades financieras, rescatando los inmuebles de su entorno.

Además de estas cinco plazas, desde hace algunos años decidimos abrir nuevos frentes de trabajo hacia el interior del Centro Histórico, a partir de una serie de proyectos "detonadores", puede tratarse de un edificio valioso o de una actividad social que consideremos estratégica. Así se inició el ambicioso proyecto de la Plazuela de Santa Teresa y su entorno, en pleno corazón de La Habana Vieja, primero con la restauración de

una farmacia de alto valor histórico y artístico, luego con un antiguo Colegio, donde se recuperó la función educativa, a lo que siguió un edificio de viviendas para adultos mayores. Ahora mismo estamos trabajando en el viejo Convento de Santa Teresa, del siglo XVIII, en la propia plazuela, en un centro para atender a pacientes con Síndrome de Alzheimer y sus familias, en varios edificios de vivienda social...

Algo similar está sucediendo en la Plazuela de Belén, donde se rehabilita el Convento del mismo nombre como parte de un gran proyecto social dedicado especialmente a la atención integral de personas de la tercera edad. Y lo mismo con el proyecto de rehabilitación del edificio que se destinó al Colegio de San Gerónimo, donde logramos no sólo recuperar un inmueble y una función histórica (la Universidad, que volvió al sitio donde fue fundada originalmente, en 1728), sino también un nuevo espacio público, como es la Plazuela de Santo Domingo.

La recuperación del espacio público ha venido acompañada, a su vez, de una reanimación. No me refiero sólo a la animación que le confieren los inmuebles recuperados y las nuevas funciones, sino la que se crea a partir de la apropiación del espacio con diversas actividades culturales. La celebración de festivales y espectáculos de danza o de teatro callejero se ha vuelto algo cotidiano para los vecinos del Centro Histórico. Las artes plásticas están presentes de forma permanente en estos espacios, y lo mismo sucede con las ferias de libros, de artesanía, etc. A esto debo añadir otro aspecto importante, como es el incremento de las áreas verdes, en lo que había un gran déficit hace apenas diez años, y hoy es ya una realidad, con decenas de nuevos espacios arbolados, es algo que se agradece, desde el punto de vista estético y ambiental.

Todo esto explica por qué hacemos tanto énfasis en este tema, se trata de un espacio para vivir, confraternizar, socializar, integrar. Y al mismo tiempo es un marco privilegiado de tradición e innovación, en esto radica su importancia.

PH: La experiencia mayoritaria de recuperación de los centros históricos en ciudades españolas va asociada a procesos de terciarización, expulsión de población autóctona (que conduce a la gentrificación) y la producción de espacios escenificados para el turismo en conflicto con el mantenimiento del carácter residencial y los valores identitarios de las ciudades y sus centros históricos. En el caso concreto de La Habana, desde 1995, una nueva legislación gubernamental proclamaba el centro histórico como "Zona de alta significación para el turismo". ¿Cuál ha sido desde entonces la experiencia concreta de esta ciudad en relación con los procesos descritos arriba?

Y, en segundo lugar, ¿qué efectos tiene el turismo sobre la identidad local de los habitantes de La Habana?



ELS: Una de las políticas que marcan la pauta en el proyecto de desarrollo del Centro Histórico establece con toda claridad la importancia de conservar la población residente, a partir, por supuesto, de condiciones adecuadas de habitabilidad. A diferencia de lo que ha sucedido en muchos de los centros históricos de América Latina, que han sufrido en las últimas décadas la pérdida sistemática de su población, expulsada por procesos de terciarización y gentrificación (o aburguesamiento), en La Habana Vieja la cantidad de población se ha mantenido estable por décadas. De hecho, la población con que hoy cuenta el Centro Histórico es prácticamente la misma, hablando en términos cuantitativos, que la que existía cincuenta años atrás.

Por el contrario, el problema que enfrentamos en La Habana ha sido que, por determinadas razones históricas, se perdieron muchos de los antiguos comercios, que es algo tan propio de estas áreas centrales, así que nos hemos dado a la tarea de rescatar esta actividad, y con ello las calles y plazas que mantuvieron históricamente esa vocación. Es algo que en otras partes se “regula” a través del mercado, pero que nosotros lo hacemos a través de un plan que tiene en cuenta las lógicas e intereses de todos. Al final lo que queremos es garantizar la mayor diversi-

dad de funciones, de modo que podamos encontrar en una plaza importante una escuela primaria o una biblioteca, y al lado un restorán o un hotel, y en las plantas altas vivienda social.

Es una diversidad que entendemos es más justa, y que además garantiza la vitalidad de la ciudad. Hay centros históricos donde percibes una gran animación durante ciertos días y horas, pero que luego se convierten en zonas muertas en la noche o los fines de semana, es algo que se debe evitar.

Por otro lado, yo no veo contradicción entre promover el turismo y al mismo tiempo luchar por lograr un desarrollo social más integral y armónico, especialmente en relación con la gente que habita el Centro Histórico. El turismo es para nosotros, como en todas partes, una fuente importante de recursos, pero es también una oportunidad para el intercambio, lo veo más bien como una fortaleza y una oportunidad en el sentido cultural. No andan los turistas en La Habana por un lado y la gente por otro. Se ha dicho muchas veces que el turista prefiere ir a aquellos lugares donde puede compartir con la gente, sentir su forma de vida, su cultura.



Enfrentamos un reto grande, que es poder conciliar estos intereses y buscar soluciones, como es un reto evitar que el crecimiento del turismo nos lleve a la banalización, que tanto daño causa a la imagen del país y a su identidad. No es una tarea sencilla, pero creo que es algo que vamos ganando día a día, con nuestro trabajo.

PH: El Plan Maestro para la Revitalización Integral de La Habana Vieja persigue la participación de todos los sujetos del patrimonio, o sea, ciudadanos y entidades con influencia en el territorio, a partir de la creación de espacios de concertación entre actores ¿Cómo se garantiza la participación ciudadana (a través de qué mecanismos e instrumentos) y cuál ha sido la implicación de los habitantes de la ciudad de La Habana en el proceso de recuperación patrimonial?

ELS: Un proceso de tan gran magnitud y complejidad como es la rehabilitación del Centro Histórico no puede hacerse sin la participación de todos los actores, y aquí incluyo tanto a las instituciones como a la gente que vive y usa ese espacio privilegiado de la ciudad. Es un proce-

so complejo, pues como centro histórico de la capital del país convergen aquí los intereses de múltiples instituciones en los tres niveles: municipal, provincial y nacional. A todos hay que tenerlos en cuenta. Y está además la gente, organizada de muy diversas formas, a través de asociaciones, o en los barrios.

Tenemos en Cuba vías formales, tradicionales, de participación. Cada municipio está dividido en Consejos Populares, y éstos a su vez en circunscripciones, que se reúnen periódicamente en asambleas donde los vecinos exponen sus demandas, mientras los delegados, que son los que los representan en las Asambleas Municipales, rinden cuenta y canalizan los intereses de la gente. Es una estructura que funciona hace más de treinta años, y que fue fortalecida en 1990 con la creación de los Consejos Populares, pues éstos funcionan de manera permanente, y son los que reciben y promueven soluciones inmediatas a los problemas en la base. Por supuesto, hay problemas que son demasiado complejos por los recursos que requieren, y no pueden ser resueltos a este nivel, como es el caso de la vivienda, pero hay otros como la recogida y reciclaje de desechos, o la ges-



ción en materia de salud, educación, cultura o deportes, que sí funcionan muy bien a este nivel.

En este contexto habría que mencionar otras formas de participación que se han desarrollado a partir del propio proyecto de rehabilitación en el Centro Histórico, y que han sido parte inherente de los diferentes planes elaborados por la Oficina del Historiador. Hicimos una primera consulta pública en 1998, en el marco del primer Plan de Desarrollo Integral, que tuvo un segundo momento en el 2001, durante la elaboración del Plan Estratégico, y donde hubo una participación aún mayor por parte de las instituciones, con los líderes formales e informales de la comunidad, y con la ciudadanía en general.

Ahora mismo estamos en la etapa final de elaboración de las nuevas Regulaciones Urbanísticas, así como del Plan Especial de Desarrollo Integral, y se prevé una vez más la realización de una consulta amplia con todos estos actores, y que pretendemos sea más participativa que las anteriores, en cuanto al número de participantes y por su calidad también. Es que lo importante no es que se haga un plan o se apruebe

un plan, lo realmente importante es que la gente asuma el plan como algo propio, y se convierta en protagonista de ese plan.

Hay otras vías, más informales digamos, pero que constituyen para nosotros una alternativa más de participación, y está relacionada con los múltiples proyectos sociales que se llevan a cabo en el Centro Histórico. Me refiero al trabajo que desarrollamos todos los días con los ancianos y jubilados, en los centros de trabajo comunitario, con los niños y jóvenes, con las mujeres; y que nos permite encauzar el proyecto a partir de la experiencia de los propios sujetos a los que está destinado de manera preferente el proyecto.

Sin embargo, a pesar de todo lo que hemos avanzado en este tema, y que es algo por lo que nos sentimos satisfechos, creo que está aún lejos de ser perfecto, como toda obra humana, y es algo que debemos mejorar y desarrollar en el futuro. Como te dije antes, un plan consensuado, donde se tienen en cuenta los intereses de todos, que prevé mecanismos de retroalimentación, es tan o más importante que el mejor plan técnico que se hace a espaldas de la gente. Esa es otra lección aprendida.

PH: ¿Cómo definiría los siguientes conceptos que usted utiliza cuando habla de rehabilitación: *desarrollo integral del territorio, restauración con carácter social y arquitectura como expresión de identidad*?

ELS: Algo ya he mencionado antes sobre estos temas. No entendemos la recuperación del Centro Histórico como algo enfocado únicamente en la restauración de un edificio histórico, un monumento o una plaza. La única manera de hacer de un proyecto así algo legítimo y sostenible en el tiempo, es incorporándole además de la dimensión cultural, los aspectos políticos, sociales, económicos. Si se rehabilita un espacio urbano, y además de crear un lugar hermoso logramos que sea usado por todos los ciudadanos sin distinción, si además de dar vida a los lugares turísticos, garantizamos mejores condiciones de vida para la gente, mejores servicios sociales, mejores infraestructuras, mejores y más seguros empleos, ese es un proyecto que va a perdurar. A eso llamamos desarrollo integral. Y si restauramos un edificio de alto valor, y aquí me atengo a la definición más pura de restauración, y ves como esa intervención, que por supuesto es compleja y costosa, se destina a un proyecto de viviendas sociales, o una escuela, o un centro de salud, o un centro comunitario, entonces hablamos de restauración con carácter social. Alguien puede considerar que una intervención de estas características sólo se justifica si es destinada a un uso rentable, para que pague la inversión. Para nosotros no es así, el proyecto entero debe ser sostenible financieramente, pero cuando lo analizas en detalle entonces entiendes cómo planificando ciertas inversiones puedes perfectamente concebir otras.

Y esto me lleva al último punto, el de la relación entre arquitectura e identidad. La arquitectura, como el urbanismo, es expresión indiscutible de la identidad. Cuando caminas por el Centro Histórico y descubres la diversidad de tipologías constructivas, de estilos, de materiales, de elementos, de influencias en general, puedes entender claramente esa expresión de la identidad. En La Habana hay una importante influencia mudéjar, que nos llegó desde los primeros tiempos de la colonización desde el sur de España; una arquitectura modernista, trasplantada por maestros de obra catalanes en las primeras décadas del siglo XX; una influencia del art decó, que nos llegó luego, a mediados de siglo, desde los Estados Unidos... Cuando lo ves en sus detalles, entonces saltan a la vista los zaguanes, los patios, los vitrales, las persianas, los guardavercinos, la pintura de las fachadas, y te das cuenta que todo eso es habanero, cubano, una síntesis de las culturas que nos formaron como nación, con su adaptación al clima, al mar, a la luz.

Visto desde otra óptica, tenemos una ciudad viva, que cambia permanentemente y se adapta según los problemas del momento. Muchos edificios coloniales, con sus altos puntales, son transformados por la gente, que incorpora entresijos, a veces de manera inadecuada, para ganar espacios para dormitorios. Es sólo un ejem-

plo. Como planificadores, e incluso como restauradores en su sentido más amplio, esto es algo que no debemos pasar por alto, sino analizar con seriedad y de forma flexible, pues nuestro papel es tanto salvar el patrimonio como dar solución a los problemas de la gente. Yo creo que de alguna manera eso también debe ser entendido como una relación entre la arquitectura, la que se hace todos los días, y la identidad.

Por nuestra parte, somos conscientes de que el gran valor de este conjunto urbano que es La Habana Vieja, viene dado por esa mezcla extraordinaria de tipologías, estilos y épocas, que van desde el siglo XVI hasta hoy. Nos corresponde a nosotros trabajar por el rescate de esa herencia, y al mismo tiempo incorporar la impronta de los hombres y mujeres de esta época, de nuestra propia identidad.

PH: Por sus contribuciones en el campo de la Arquitectura, el Urbanismo, la Sociedad y el Medio Ambiente, la obra de rehabilitación del Centro histórico de La Habana ha merecido premios y reconocimientos nacionales e internacionales como, por citar algunos, el Concurso Internacional Somos Patrimonio, el premio UNESCO Ciudades por la Paz o el Premio Internacional "Reina Sofía" de Conservación y Restauración del Patrimonio Cultural concedido en 2007, año en que le fue otorgado también el premio ONU-HABITAT. En 2006, con el título *Una experiencia singular, Valoraciones del modelo de gestión integral de La Habana Vieja, Patrimonio de la Humanidad*, se publicaba un libro donde especialistas de la UNESCO han llevado a cabo un análisis global de proyecto reanimador del Centro Histórico de La Habana y sugieren sus posibles formas de aplicabilidad a otras ciudades del Patrimonio Mundial. ¿Qué posibilidades ve usted de aplicación de este modelo de gestión llevado a cabo en La Habana en otros lugares con una economía de mercado?

ELS: Bueno, yo creo que independientemente del sistema político o las condiciones sociales y económicas de un país, no hay ciudad igual a otra, ni actores y lógicas iguales, y por tanto no debe bajo ninguna circunstancia copiarse una experiencia, por más exitosa que parezca. Incluso dentro de Cuba, donde en cierta medida se ha puesto en marcha un modelo similar al que hemos impulsado en La Habana en otras ciudades como Trinidad, Santiago, Camagüey y Cienfuegos, hay tantas particularidades en cada una de ellas que yo hablaría de modelos propios y no de una aplicación exacta de nuestra experiencia.

Obviamente, la posibilidad de repetir algo así en otros contextos resulta aún más compleja. Como bien sugieres, en Cuba tenemos el privilegio de que gran parte del patrimonio arquitectónico está en manos del Estado. Prácticamente todos los inmuebles que no son dedicados a vivienda, y si excluimos además los templos, o los pertenecientes a cier-



Malecón de La Habana / FOTO: ESTHER GUTIÉRREZ AVERBE

tas sociedades y organizaciones, el resto pertenece al Estado. Es una ventaja, claro, porque no es posible encontrar en Cuba propietarios inescrupulosos que especulan con los edificios históricos, porque el suelo donde se asientan vale más que el propio edificio y es preferible dejar que se deteriore y que finalmente se caiga para levantar algo nuevo. Como no es posible tampoco que un grupo reducido presione e impida que se peatonalice una calle, o que se construyan áreas deportivas, porque resulta más rentable mantener el tráfico o dedicar parcelas enteras para estacionamiento. Hay casos dramáticos, donde a pesar de existir una regulación fuerte, que de ninguna manera permitiría el derribo de un edificio histórico, a la larga el aumento del precio del suelo hace que las familias tengan que desplazarse a otras zonas de la ciudad, mientras las plantas bajas de esos inmuebles se destinan a almacenes y las plantas altas quedan abandonadas. El resultado final es no sólo la pérdida de un patrimonio valioso, sino también de las redes sociales y de la cultura en su sentido más amplio. Y es causa también de problemas de inseguridad, y en última instancia de pérdida de valor del Centro Histórico. En Cuba partimos de que el interés público debe prevalecer por encima del interés individual.

Pero yo me atrevo a decir que los logros que hemos tenido aquí en La Habana Vieja tiene que ver más con la voluntad de las autoridades, a todos los niveles de gobierno, y con el compromiso de la sociedad en general, por salvar una zona urbana que constituye un pedazo inalienable de nuestra historia y de nuestra identidad. Y que esa voluntad y ese compromiso se reflejan en ciertas premisas que son las que hacen este proceso sostenible, como es contar con una entidad líder (en este caso la Oficina del Historiador), con capacidad real para planificar, para gestionar recursos financieros y para invertir las utilidades que se generan en el territorio a través de un plan cohesionado e integral de desarrollo, como ya te expliqué antes. Yo creo que eso es algo que resulta válido para cualquier escenario.

Cuando la UNESCO nos dio la posibilidad de divulgar los resultados de toda una década de trabajo, por considerar que se trataba de “una experiencia singular”, estaba reconociendo justamente eso: que al abordar un proyecto de recuperación de áreas urbanas históricas hay ciertas premisas éticas, humanas, culturales, que son válidas en todas partes, sea cual sea su sistema económico.